

Ecce Panis Angelorum: Eucharistia.

XIX edición de las Edades del Hombre

arte

Javier García-Luengo Manchado

Profesor de Historia del Arte. Escuela Universitaria de Artes y Espectáculos TAI
(centro adscrito a la Universidad Rey Juan Carlos)
E-mail: javier_garcia_luengo@yahoo.com

Recibido: 24 de julio de 2014
Aceptado: 28 de julio de 2014

RESUMEN: Se propone un recorrido a través de la XIX edición de las Edades del Hombre, dedicada en esta ocasión a la Eucaristía. En el presente artículo nos centraremos en los aspectos y las piezas más sobresalientes tanto desde el punto de vista estético, histórico y, por supuesto, teológico, insistiendo en la relevancia que el arte contemporáneo tiene en la presente exposición.

PALABRAS CLAVE: eucaristía, Edades del Hombre, Santísimo sacramento, Santa cena.

«Te adoro con devoción, Dios escondido, oculto verdaderamente bajo estas apariencias. A Ti se somete mi corazón por completo, y se rinde totalmente al contemplarte.

Al juzgar de Ti, se equivocan la vista, el tacto, el gusto; pero basta el oído para creer con firmeza; creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios: nada es más verdadero que esta Palabra de verdad.

En la Cruz se escondía sólo la Divinidad, pero aquí se esconden también la Humanidad; sin embargo, creo y confieso ambas cosas, y pido lo que pidió aquel ladrón arrepentido.

No veo las llagas como las vio Tomás pero confieso que eres mi Dios: haz que yo crea más y más en Ti, que en Ti espere y que te ame.

¡Memorial de la muerte del Señor! Pan vivo que das vida al hombre: concede a mi alma que de Ti viva y que siempre saboree tu dulzura.»

Estos primeros versos del himno eucarístico *Adoro te devote*, compuesto por Santo Tomás de Aquino en 1264 con motivo de la solemnidad del Corpus Christi, bien pueden resumir los aspectos generales de la XIX edición de las *Edades del Hombre*, celebrada en la localidad

burgalesa de Aranda de Duero y dedicada en esta ocasión, como su propio nombre indica, a la Eucaristía. Esta edición nos permite asumir teológica, cultural e históricamente la inspiración artística que tan sublime Misterio ha ejercido sobre el pueblo fiel y sus creadores desde hace casi dos mil años.

Como en anteriores ocasiones, el objetivo de esta consolidada iniciativa de las once diócesis de Castilla y León es articular un discurso expositivo a través del patrimonio de la Iglesia de aquella región, aunque también encontremos algunas piezas, las menos, procedente de otros lares. En cualquier caso, dicho legado espiritual y estético busca la revalorización, difusión y conservación del testimonio de quienes habiéndonos precedido en el tiempo y en los caminos de la fe, pusieron todo su esmero y empeño en creer, en esperar y en adorar al Amor de los Amores.

El balance global de la exposición indica una destacada presencia de arte contemporáneo, algo cada vez, por cierto, más frecuente en las últimas ediciones de las *Edades del Hombre*, al margen de lo que supuso *El contrapunto y su morada*, muestra celebrada en las catedrales salmantinas entre 1993 y 1994. En Aranda de Duero este hecho adquiere una lectura diferente. Si bien es cierto que la inclusión de

determinadas obras resulta un tanto forzada respecto al recorrido propuesto, más importante es constatar la inquietud espiritual de muchos artistas de nuestros días, amén, claro está, de confirmar el siempre necesario diálogo entre la Iglesia y el arte contemporáneo.

La excepcional fachada hispanoflamenca de Santa María la Real, de la que precisamente celebramos el quinto centenario de su conclusión, hace las veces de monumental sagrario cuyo interior alberga los tres primeros capítulos de este auténtico florilegio eucarístico.

Una selección de pinturas de la segunda mitad de la pasada centuria es la encargada de recibir al visitante, poniendo ante nuestros ojos distintos bodegones inspirados en el pan y el vino, en el trigo y las uvas, alimentos y frutos sencillos que en el altar se convertirán en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

«Bendito seas Señor del Universo por este pan y este vino fruto de la tierra y del trabajo de los hombres.» Estas palabras, pronunciadas en el ofertorio durante la celebración de la misa, resultan sumamente sugerentes si a través de ellas contemplamos *Dos campesinos con hogaza de pan* (1975) y *La vendimia* (1975) de José Vela-Zanetti, singulares interpretaciones del paisaje y paisa-

naje meseteño, donde el color empastado y el dibujo preciso, sirven para recordarnos la dureza de la vida del labriego, pero también su generosidad. Apreciamos en sendas creaciones aquellos personajes tan característicos del pintor milagreño: hombres de rostros ajados por el sol, de manos engrandecidas por el trabajo, de mirada grave y profunda, una mirada no muy diferente a la de tantos y tantos místicos que alguna vez habitaron el páramo castellano.

Por su recogimiento, silencio y quietud, algo de místico percibimos también en *Jarra y pan* (1949), pulcro dibujo de un jovencísimo Antonio López, en *Uvas para Santo Domingo* (2007) de Carmen Laffón o en *Fiesta y sacrificio* (2013) de Eduardo Palacios, dibujo este último elegido como cartel anunciador de *Eucharistia*. Todas estas naturalezas muertas, en definitiva, plasman esos alimentos tan humildes como imprescindibles para la vida; no es extraño, pues que Cristo las tomase para darse todo Él, para quedarse con y entre nosotros.

Et anticum documentun... El sacrificio de Abel, la ofrenda de Melquisedec a Abraham, el maná del desierto o el sacrificio de Isaac son pasajes veterotestamentarios considerados verdaderas prefiguraciones eucarísticas, y así lo han entendido

creadores de todos los tiempos. La segunda sección de la muestra es el lugar donde conviven los temas ya enunciados interpretados a partir de la escultura gótica –*Sacrificio de Abraham* (h. 1490) de Gil de Siloe–, de los tapices barrocos, de la suntuosa orfebrería rococó o de la pintura contemporánea, tal era el caso de *El maná*, óleo de Luis Mayo firmado en 2013. A caballo entre el hiperrealismo y el neorrealismo mágico, dicho lienzo, como nos informa el comisario de la muestra J. M. Sánchez Caro, representa unos grandes manteles blancos colgados de diferentes árboles, tornándose así en simbólicas mesas verticales para un banquete que une el Cielo con la Tierra, una mesa presidida por Dios y a la que están convidados hombres y mujeres de toda clase y condición.

Novo cedat ritui... Sin embargo, todo lo anterior era palabra velada que será revelada cuando la propia Sangre de Cristo selle la Alianza nueva y eterna: «Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que desciende del cielo, para que el que coma de él no muera...» (Jn 6:49) Llegamos en nuestro recorrido a la parte central: a la Cena del Señor, a la Institución de la Eucaristía, momento crucial de la soteriología, que ha producido afortunadísimas interpretaciones iconográficas. En

Aranda de Duero descubrimos una *Santa Cena* (h. 1650) de Murillo. Un Murillo anclado aun en el naturalismo tenebrista, junto con un pequeño grupo escultórico del mismo tema de Víctor Ochoa ejecutado entre 2013 y 2014. La celebrísima producción monumental de Ochoa hace que este conjunto de pequeñas dimensiones sea altamente atractivo, sobre todo porque el autor ha sabido insuflar en cada uno de los Apóstoles la misma rotundidad grave y expresiva que encontramos en su amplio quehacer. La trascendencia del momento se refleja mediante los rostros agónicos y los gestos sobrecogidos, destacando la figura central, la figura de Aquel que nos amó hasta el extremo y que aquí aparece ofreciendo su Cuerpo y su Sangre mientras parte y comparte el pan con todos los suyos, incluso también con quien le traicionará.

Otras versiones actuales de la Santa Cena que podemos contemplar en este espacio son las de Fernando Bellver o María Teresa Peña Echeveste. Curiosa se antoja la *Víspera de Pascua* (2000) de Guillermo Pérez Villalta, lienzo centrado en una celosía blanca recortada sobre un intenso azul mediterráneo; de dicha celosía penden diferentes objetos y atributos relacionados con la Pascua: el Agnus Dei, corona de espinas, el Santo Rostro, un

racimo de uvas, una flor de la pasión, etc.

La otrora parroquia de San Juan Bautista hoy Museo de Arte Sacro, acoge la última parte de la exhibición, la dedicada a los diversos aspectos antropológicos, teológicos, litúrgicos o culturales encerrados y derivados de este Admirable Sacramento.

O memoriale mortis Domini... La Eucaristía es memorial de la Pasión, Muerte y Resurrección del Redentor, por tal motivo observamos aquí una colección de obras que plasman diferentes episodios extraídos de los Evangelios, junto con otras recreaciones donde se une el relato histórico a la alegoría teológica. La consecuencia de todo ello es el de unas imágenes tan atractivas desde el punto de vista netamente estético como desde el de la piedad popular; el tapiz bruselese del *Lagar Místico* (h. 1500) o el *Yacente* (h. 1720) de Pedro de Ávila en cuyo costado se inserta un ostensorio, dan buena muestra de lo referido.

Laudis thema specialis, panis vivus et vitalis, hodie proponitur... La devoción a la Eucaristía alcanza su cenit en la celebración de la festividad del Corpus Christi, solemnidad que en España ha presentado tal grado de refinamiento y fervor a lo largo de los siglos que ha sido

capaz de generar un arte específico. Las custodias y manifestadores son elementos imprescindibles para procesionar al Santísimo por nuestras calles y plazas, destacando las custodias de asiento que de la mano de la familia de los Arfe llegarán a su máxima expresión. Precisamente del que podríamos considerar patriarca de dicha saga, Enrique, se expone la *Custodia de Sahagún* (h. 1510), auténtica arquitectura gótica de oro y la plata no exenta de un discurso exegético y patrístico en torno a la Comunión y a la vida del Rey de reyes.

Junto a la referencia particular de algunos santos distinguidos por su veneración y devoción al Cuerpo y Sangre de Cristo, como Santa Clara, San Juan de Sahagún y Santo Tomás de Aquino, teólogo eucarístico por excelencia, nuestro itinerario llega a su fin con una extensa recopilación de ajuares litúrgicos. Altares visigóticos, cálices renacentistas, vinajeras barrocas, portapaces góticos, casullas y dalmáticas de ricos bordados o sagraios de todos los estilos, manifestaban cómo a través de los tiempos la esencia de la celebración de la Cena del Señor es la misma.

Pasarán los siglos, cambiarán las formas, se transformará el arte,

pero siempre Jesucristo está y estará verdadera, real y sustancialmente presente en el Santísimo Sacramento del Altar. Así nos lo recuerda la pieza con la que se cierra la exposición, el *Salvador Eucarístico* (h. 1560) del valenciano Juan de Juanes, donde el propio Cristo con su mirada directa y amorosa nos invita a participar del banquete de la vida eterna. Ante tan emotiva imagen parecen resonar los versos que Federico García Lorca dejara escritos allá por 1928 en su Oda al Santísimo Sacramento:

«Panderito de harina para el recién nacido.
Brisa y materia juntas en expresión exacta
por amor de la carne que no sabe tu nombre.
Es así, forma breve de rumor inefable,
Dios en mantillas, Cristo diminuto y eterno,
repetido mil veces, muerto, crucificado
por la impura palabra del hombre sudoroso.
Cantaban las mujeres en la arena sin norte,
cuando te vi presente sobre tu Sacramento.
Quinientos serafines de resplandor y tinta
en la culpa neutra gustaban tu racimo.
¡Oh forma sacratísima, vértice de las flores,
donde todos los ángulos toman sus luces fijas,
donde número y boca construyen un presente
cuerpo de luz humana con músculos de
[harina!
¡Oh, forma limitada para expresar concreta
muchedumbre de luces y clamor escuchado!
¡Oh nieve circundada por témpanos de
[música!
¡Oh llama crepitante sobre todas las venas!» ■